

das. Los dos caminantes se sientan en las piedras redondas. En este momento, un león que ha salido de la selva y que venía por la llanura, se ha llegado hasta obra de cuatro varas de los viandantes y se ha detenido sentado en sus posaderas. Los dos viandantes, sin estremecerse, sin hacer el más ligero movimiento, han comenzado a hablar:

—¿Viandante?—ha preguntado uno.

—Viandante—ha replicado el otro.

Y a continuación le ha preguntado, a su vez, al compañero:

—¿De esta tierra?

—No; de muy lejos. ¿Y tú?

—Yo, de esta tierra.

El viajero de esta tierra era el de la faz morena, cobriza; el de muy lejos era el del semblante blanco, sonrosado.

Apenas habían cambiado estas cuatro palabras, cuando ha llegado, con su andar silencioso y elástico, un tigre. El tigre se ha sentado al lado del león. Los dos viandantes ni siquiera han pestañeado.

—¿Qué hacías tú en tu tierra?—ha preguntado el cobrizo.

El blanco ha replicado:

—En mi tierra yo era un pobre carpintero; tenía un modesto taller. De la mañana a la noche, yo estaba trabajando con las sierras, con los escoplos, con las limas, con las gubias...

Cuando pronunciaba estas palabras el viandante blanco y sonrosado, se ha visto llegar de los cielos profundos una magnífica águila real. El águila ha llegado cerca del suelo, y plegando sus anchas alas se ha parado junto al león y al tigre.

El viandante blanco ha preguntado al cobrizo:

—¿Y tú qué haces en esta tierra?

El viandante cobrizo ha contestado:

—Yo era un pobre curtidor; adobaba toda clase de pieles. De la mañana a la noche, yo labraba las pieles suaves y las pieles recias, y las teñía de los más bellos colores, y las ponía primorosos realces.

Las aguas del río se han removido. En las espadañas y cañaveras se ha producido un ligero rumor, y ha asomado por la verde espesura la cabeza de un caimán. El caimán ha salido del agua, y lentamente ha ido a colocarse al lado del león, del tigre y del águila.

—¿No tenías amigos en tu tierra?—ha preguntado el viandante cobrizo.

—¡Ay!—ha suspirado el otro viajero—. Yo tenía muchos amigos; pero ya no los tengo. Mis amigos eran un labriego, un tejedor, un herrero, un albañil, un talabartero...

Sin que los interlocutores lo vieran, ha ido aproximándose a ellos una recia, rotunda y luenga serpiente. Brillaba, rebrillaba su piel lucidora. La

serpiente ha avanzado hasta donde se hallaban los viandantes, y se ha detenido replegada y encogida.

—¿Y tú? ¿Qué amigos tienes aquí?—ha preguntado a su vez el blanco al cobrizo.

—¡Ay! Yo tenía muchos amigos y ya no los tengo—ha dicho el interrogado—. Mis amigos eran también un labriego, un herrero, un alarife, un porteador de agua, un tejedor...

Un lobo, con sus orejas enhiestas y puntiagudas, ha aparecido de pronto. El lobo ha ido a colocarse silenciosamente, al lado del león, del tigre, del caimán, del águila y de la serpiente. Los dos viandantes continuaban departiendo con perfecta calma y placidez. Las fieras formaban en torno a los dos un círculo de espectadores inmóviles y callados. Atentamente miraban todas a los dos pobres hombres.

—¿Y has tenido que marcharte de tu país?—ha preguntado el cobrizo al blanco.

—¿Y has tenido tú que dejar tu casa?—ha preguntado a su vez, sin responder a la pregunta que se le hacía, el viandante sonrosado.

Y los dos han exhalado un profundo suspiro. Las fieras les contemplaban silenciosas. Y he aquí que en el horizonte, a la mano derecha, ha aparecido una muchedumbre que avanzaba. El viandante blanco ha mirado hacia esa parte, y se ha levantado de un salto. Su faz ahora estaba pálida. En el horizonte, también, a la mano izquierda, ha surgido una multitud. El viandante cobrizo ha escudriñado hacia esta parte, y de otro brinco se ha puesto asimismo en pie. Su faz estaba igualmente demudada. Las dos muchedumbres de la lejanía avanzaban. Y entonces, los viandantes y el león, el tigre, el caimán, el lobo, la serviente, todos revueltos, todos precipitados, llenos de horror y espanto, han comenzado a huir. El águila, prestamente, batía sus anchas alas en el azul.

Alfonso Reyes, el fino erudito—artista y erudito—, acaba de publicar un libro singular. Se titula *Visión de Anahuac* (1519). El libro de Reyes es

una descripción espléndida de la Nueva España en los tiempos de la conquista. La prosa del autor se desenvuelve precisa, limpia, vivamente coloreada.

Asistimos materialmente a una vida que no hemos vivido. Ante nuestros ojos se extiende un panorama de campos y ciudades que no conocíamos. ¿Qué pensar de esta remota civilización? ¿Cuál debe ser la actitud de nuestro espíritu ante este magno problema de la historia? Españoles y americanos tenemos nuestros antecesores en los hombres que pacientemente, a lo largo de los siglos, han labrado una civilización. En las dos civilizaciones, quienes han laborado son los hombres humildes, pobres, que han preparado el ambiente en que han podido crecer—y no hubieran crecido de otro modo—las maravillas del arte y las investigaciones científicas. Son esos, y no otros, nuestros verdaderos antecesores. Y hallamos en esos antecesores—y no en nadie más—la comunidad espiritual que ha de unir a españoles y americanos.

La historia de la humanidad no son los genios. Los genios no podrían surgir sin los millones de obreros laboriosos y tenaces. La humanidad española y la humanidad americana—bases de la civilización, millones de obreros—han surgido de iguales dolores a través de los siglos, han trabajado lo mismo, han soportado las mismas intolerancias y las mismas opresiones. Dejad que los dos grandes pueblos se den un abrazo efusivo pensando en sus antecesores humildes que sufrieron y trabajaron.

Alfonso Reyes, en el epílogo, breve y elevado, de su *Visión de Anahuac*, llega a una conclusión de humanidad, de piedad y de independencia. Merece plácemes nuestro amigo. Y merece aplausos sinceros también por la labor tan limpia y amorosa que realiza, día por día, de informar al público de su Patria del movimiento intelectual español.

Hombres como Alfonso Reyes honran a su Patria nativa y a la tierra española.

AZORIN

(A. B. C. Madrid).

Si pesca un dolor
de cabeza tome
Obleas Cefálicas

Tienen cafeína

